

Kurt

El Laberinto de Susurros y
Sombras

El aire de la mañana siguiente a nuestra incursión en el sótano de Bob se sentía denso, casi irrespirable, cargado con el peso de lo no dicho y lo apenas vislumbrado. El sueño, o lo que recordaba de él, había sido una maraña de pasillos estrechos e idénticos que se bifurcaban sin fin, ecos metálicos que rebotaban en las paredes de mi cráneo y la sensación persistente, casi física, de ojos observándome desde alguna penumbra inalcanzable, ojos que no parpadeaban, que simplemente registraban. La conversación que habíamos oído, las palabras de mi madre y de esa otra voz, confirmando que éramos objeto de sus cuchicheos y sospechas sobre "luces en el sótano de Robert hasta bien tarde" , había añadido una capa de urgencia a mi inquietud, transformándola en una alarma que sonaba intermitentemente en mi cabeza. Y luego estaba aquella figura. La silueta solitaria bajo la farola, cuya cabeza se había girado hacia mi ventana con una lentitud deliberada, casi teatral, como si supiera exactamente dónde encontrarme, como si hubiera estado esperando precisamente ese instante para revelarse. ¿Paranoia? Tal vez. Pero en este pueblo, la paranoia a menudo no era más que una percepción afinada de la realidad, un sentido

extra desarrollado para sobrevivir a la asfixia de la curiosidad ajena.

La necesidad de hablar con Terry se había convertido en una comezón persistente bajo la piel, una urgencia que superaba con creces el deseo instintivo de permanecer oculto, de fundirme con las sombras de mi habitación. Él era el único que podría entender, o al menos, el único que no me miraría como si hubiera perdido el juicio, como si mis palabras fueran el delirio de un febricitante. Bob, con su nueva y sombría determinación tras sus propios hallazgos en los planos de su casa —de los que aún no me había hablado en detalle, aunque su semblante lo delataba con la claridad de un titular de periódico —, estaba sumido en sus propios laberintos, y sospechaba que los suyos eran aún más oscuros y personales que los míos. Pero mi camino, por ahora, conducía inexorablemente a Terry. Él era el faro en esta niebla de incertidumbre.

Salir de casa fue, como siempre, una operación calculada hasta el último milímetro, una coreografía de sigilo ensayada mil veces. Los protocolos que Melvin y yo habíamos perfeccionado a lo largo de los años —movimientos felinos, evaluación constante de rutas de escape alternativas, la atenta escucha de los ritmos domésticos para evitar encuentros no deseados con mi madre o con alguna de sus aliadas del comité de charla — se activaron casi por instinto, como un mecanismo bien engrasado. Pero esta vez, cada sombra parecía más larga, más amenazante; cada silencio, más preñado de significado, como si contuviera susurros inaudibles. El recuerdo de la figura en la calle me hacía escrutar los porches con una minuciosidad de detective, las ventanas entornadas que parecían párpados entreabiertos, los huecos oscuros entre los setos con una intensidad renovada, casi febril. ¿Era la señora

Cole la que apartaba la cortina en ese preciso instante, su silueta apenas perceptible tras el visillo? ¿O el carraspeo que oía provenir de la casa de al lado era algo más que una simple casualidad, una señal convenida en algún código secreto de vigilancia vecinal?.

Crucé a la acera de enfrente, buscando la precaria protección visual de los coches aparcados, aunque en nuestra calle eran escasos y ofrecían una cobertura irrisoria. La manzana de Bob quedaba a mi derecha, un territorio que ahora se sentía extrañamente ajeno, cargado con el peso de su propio misterio. Por un instante consideré desviarme, ver cómo estaba, qué había averiguado él con esa expresión tan grave que llevaba desde ayer, una máscara de preocupación que no le había visto nunca. Pero la urgencia de Terry era mayor, una llamada que no podía ignorar. Necesitaba su perspectiva, su peculiar forma de ensamblar las piezas sueltas de la realidad, de encontrar patrones donde otros solo veían caos.

Al doblar la esquina hacia la calle de Terry, la sensación de ser observado se agudizó hasta convertirse en una certeza casi física. No era algo concreto, no había nadie siguiéndome abiertamente, no había pasos a mis espaldas ni sombras que se movieran al unísono con las mías. Pero era una presión en la nuca, una conciencia sutil pero insistente de que mi presencia no pasaba desapercibida, de que cada uno de mis movimientos era registrado y archivado en algún oscuro registro comunal. Este pueblo, con su aparente modorra, con su fachada de tranquilidad provinciana, era en realidad un organismo con mil ojos y oídos, una red de susurros que viajaba de casa en casa con la velocidad del viento, transmitiendo información, juicios y condenas. Recordé la descripción que hacía mi madre de la manzana de Bob como la "manzana enemiga" , y cómo esa enemistad parecía existir solo en la mente de

las mujeres de mi propia manzana, una invención para mantener viva la llama de algún antiguo rencor. ¿Pero y si había algo más? ¿Y si esas divisiones autoimpuestas eran solo la superficie visible de otras fracturas más profundas y secretas que recorrían los cimientos mismos de nuestra comunidad?

La casa de Terry, como siempre, parecía un ente aparte, un pequeño bastión de excentricidad en medio de la calculada y a veces sofocante normalidad del vecindario. Sus paredes desconchadas y su jardín ligeramente salvaje eran una declaración de independencia en un entorno donde la conformidad era la norma. Toqué la ventana del lavadero que daba a su jardín, dos golpes secos y espaciados, nuestra señal convenida, un código privado en un mundo sin privacidad. La respuesta fue casi inmediata: un movimiento rápido tras el cristal, una sombra fugaz, y luego la puerta trasera abriéndose de golpe con Terry maldiciendo a un supuesto gato callejero que se había colado, una actuación impecable para los oídos curiosos de la señora Cole o de quienquiera que estuviera escuchando desde las trincheras de las casas vecinas. —¡Pasa, pasa! ¡Rápido, antes de que la artillería vecinal abra fuego! ¡Sube al desván! —me susurró, empujándome dentro con una sonrisa cómplice que apenas disimulaba la tensión en sus ojos.

El aroma familiar del té indio que Terry compraba por correo, una fragancia exótica que siempre asociaría con él, flotaba en el aire, mezclado con el olor a papel viejo, a tinta y ese indefinible rastro almizclado de los gatos, sus únicos y fieles compañeros. Ra u Osiris, nunca sabía cuál era cuál de los hermanos siameses, se restregó contra mis piernas ronroneando con la fuerza de un pequeño motor antes de adelantarse escaleras arriba, como si conociera el camino a algún santuario secreto. El desván había vuelto a

transformarse desde mi última visita, como si fuera un organismo vivo en constante mutación. Los nuevos telescopios caseros, sus "ojos" metálicos, seguían apuntando a través de los pequeños agujeros camuflados en las paredes, listos para espiar el universo o, más probablemente, las rutinas de los vecinos. Pero ahora había más diagramas extraños en los tableros de corcho, secuencias fotográficas que no reconocía —imágenes borrosas de luces nocturnas, estelas inexplicables en el cielo— y una pila de libros con títulos en idiomas que solo Terry, con su dedicación monacal y la ayuda de sus diccionarios políglotas, podía descifrar.

—Té y un nuevo cóctel japonés que te volará la cabeza —anunció Terry, dejando una bandeja sobre una mesa improvisada con cajas de madera—. Este tiene un toque picante que te va a encantar, directo de Osaka. ¿Qué te trae por aquí con esa cara de haber visto un fantasma de otra dimensión? O peor aún, ¿a tu madre con una nueva idea para "mejorar" el pentágono?

No me anduve con rodeos. La urgencia me quemaba la lengua. Le conté todo, desde el principio: el descubrimiento casual en el sótano de Bob mientras buscábamos una cinta de vídeo, las manijas ocultas, el chirrido de los engranajes que a Bob le había recordado de forma tan vívida su sueño premonitorio, la luz blanca, cegadora, casi quirúrgica, que manaba del interior como si proviniera de otro mundo. Describí el pasadizo angosto, las paredes de hormigón frías al tacto, la curva que se perdía en una oscuridad que ninguna linterna parecía capaz de penetrar por completo, y ese brillo metálico que creí ver al fondo, justo antes de que tuviéramos que cerrar la portezuela con el corazón en un puño. También le hablé de la conversación que oímos, de cómo mi madre y su amiga nos tenían en el punto de mira, sus palabras cargadas de sospecha, y de la figura

solitaria que me había observado la noche anterior, un espectador anónimo en el teatro de mis miedos.

Terry escuchaba con una concentración absoluta, sus ojos grises, normalmente inquietos y brillantes de curiosidad, fijos en los míos con una intensidad inusual. Asentía de vez en cuando, con pequeños movimientos de cabeza, tomando notas rápidas y crípticas en una de sus omnipresentes libretas negras, esas que contenían el mapa de su universo particular. Cuando terminé, un silencio denso llenó el desván, solo roto por el suave hervor del agua para el té en un pequeño hornillo eléctrico que había instalado en un rincón, un oasis de normalidad en medio de aquel laboratorio de lo insólito.

—Engranajes... —murmuró finalmente, más para sí mismo que para mí, su voz apenas un susurro—. Un sonido de elaboración, de mecanismo complejo, pero también de algo oculto, deliberadamente mecánico. Y una luz blanca, pura, sin fuente aparente al principio. Interesante, muy, muy interesante. Como si la propia casa tuviera un sistema nervioso secreto.

Se levantó con la agilidad de uno de sus gatos y caminó hacia uno de sus tableros de corcho, donde tenía una serie de fotografías de sombras proyectadas por objetos cotidianos en diferentes momentos del día, un estudio minucioso de la ausencia de luz. —"La sombra es algo más que la prueba de nuestra tercera dimensión, en el haber de la sombra están las demás dimensiones" —recitó una de sus frases anotadas, casi un mantra para él—. Este pasadizo que describes, Kurt, podría ser una manifestación literal de eso. Un espacio intermedio, un pliegue en el tejido de la realidad de este pueblo, un acceso a... algo que no está en los planos convencionales, algo que la

"reconstrucción" del pueblo intentó sepultar o controlar.

Le pregunté, con la voz apenas un hilo, si creía que podía ser peligroso. —Todo conocimiento lo es, en cierta medida, muchacho —respondió, volviéndose hacia mí, sus ojos brillando con una mezcla de excitación y cautela—. Pero el peligro suele residir más en la ignorancia o en la reacción de quienes quieren que ciertos velos permanezcan corridos, de aquellos que temen lo que no comprenden. La luz blanca es un símbolo potente. Pureza, sí, pero también vacío, ausencia de color, a veces la antesala de una revelación cegadora o de un peligro insospechado. ¿Has leído sobre los informes de abducidos que describen luces similares justo antes de perder la consciencia? O las experiencias cercanas a la muerte...

Sacudió la cabeza, como desechando una idea demasiado fantasiosa incluso para él, aunque sabía que una parte de su mente ya estaba explorando esas posibilidades. —No, vayamos por partes. Los engranajes. Ese sonido es clave. Mis "ruidos sin importancia" demuestran cómo estímulos auditivos aparentemente menores pueden desencadenar reacciones complejas, casi pavlovianas, en los seres vivos. El sonido de esos engranajes no es "sin importancia". Es el sonido de un mecanismo deliberado, antiguo quizás, pero funcional. ¿Qué función tiene? ¿Abrir un simple pasaje? ¿O activar algo más, algo que va más allá de una simple puerta?

Terry se acercó a una estantería repleta de libros y revistas en varios idiomas, un verdadero tesoro de conocimiento arcano y teorías heterodoxas. Sacó un volumen encuadernado en cuero oscuro, sin título visible en el lomo, un libro que parecía haber viajado a través de los siglos. —Hay historias antiguas, leyendas en casi todas las culturas, sobre accesos subterráneos, mundos

ocultos bajo nuestros pies. A veces son refugios, otras veces prisiones, y en ocasiones, caminos a otros mundos o estados de conciencia. Este pueblo, tan "particularmente perdido" , tan aislado geográfica y voluntariamente , podría tener una historia mucho más antigua y extraña de lo que imaginamos, una historia que no figura en los registros del ayuntamiento. La "reconstrucción" de la que a veces hablan los mayores, como tu abuelo, ¿qué sepultó exactamente? ¿Qué verdades inconvenientes se cubrieron con cemento y normalidad?

Sobre la vigilancia, Terry se mostró menos sorprendido, casi resignado. —La red de observación aquí es... eficiente, por no decir profesional —dijo con una media sonrisa amarga—. La señora Cole es solo una de las muchas antenas repetidoras de esta comunidad. Lo que oísteis tu madre y su amiga es la norma, el pan nuestro de cada día en este panóptico vecinal. Pero esa figura que te observó directamente... eso es diferente. Eso sugiere que habéis tocado algo sensible, algo que ha activado una vigilancia más específica, menos generalizada. Ya no sois solo "muchachos tramando alguna travesura". Sois una variable que ha entrado en una ecuación que desconocéis, y eso, amigo mío, puede ser peligroso.

Me ofreció una taza de té. El sabor era intenso, exótico, con un regusto a especias desconocidas, como todo lo que rodeaba a Terry. Su desván era un microcosmos de sus intereses: mapas estelares junto a tratados de botánica, artefactos extraños de mercadillos junto a complejos diagramas electrónicos. —Necesitamos más datos, Kurt. Muchos más. Ese pasadizo... ¿hacia dónde se dirige exactamente? Dijiste que calculaste que hacia el jardín de Bob, quizás hacia las propiedades colindantes. Eso es lo primero que hay que intentar averiguar con más precisión. Y la

historia de esa casa. El padre de Bob es arquitecto, ¿verdad?. Un hombre que construye y reconstruye. ¿Qué sabe él? ¿Es un guardián del secreto, o simplemente otro ignorante que vive sobre una bomba de relojería?

Terry me mostró uno de sus "ojos" más pequeños, uno que había modificado con una lente de mayor alcance y un sistema de grabación rudimentario. — Podrías intentar observar la zona del jardín de Bob desde un punto elevado y discreto. Buscar cualquier anomalía, cualquier cosa fuera de lugar que pudiera indicar una salida, una ventilación, una perturbación en el terreno. Es un tiro largo, lo sé, pero es mejor que entrar a ciegas otra vez en la boca del lobo. Y sobre todo, Kurt, mantén los ojos abiertos y los oídos alerta. Los susurros en este pueblo a veces dicen más que los gritos. Y recuerda, la curiosidad mató al gato, pero la satisfacción lo trajo de vuelta... aunque a veces un poco chamuscado.

Salí de casa de Terry con la cabeza bullendo de teorías, cada una más inquietante que la anterior, y el estómago revuelto por una mezcla de té fuerte, el cóctel japonés y una creciente aprensión que se negaba a disiparse. Las palabras de Terry habían validado mis miedos más profundos, pero también habían encendido una nueva chispa de determinación. Ya no se trataba solo de curiosidad adolescente; se trataba de entender el laberinto en el que nos habíamos metido, un laberinto que parecía extenderse bajo los cimientos mismos de nuestro pueblo.

Pasé el resto de la tarde intentando procesar la conversación, las ideas de Terry rebotando en mi mente como bolas de billar. Releí algunas de las notas que me había prestado anteriormente, buscando conexiones, patrones, cualquier cosa que pudiera arrojar algo de luz. La revista sobre fenómenos paranormales que me dio hace tiempo, con

sus artículos sobre círculos en los campos de cultivo y el Triángulo de las Bermudas , ahora parecía menos un entretenimiento para crédulos y más un manual de posibles realidades alternativas. ¿Eran esas manifestaciones a gran escala de los mismos principios ocultos que podrían estar operando en nuestro pequeño y perdido pueblo, bajo la superficie de su tediosa normalidad?

Decidí poner en práctica el consejo de Terry sobre la observación. Subí a mi desván, el mismo desde el que a veces observaba a Stacy, la hermana de Bob, cuando leía en su jardín —aunque con propósitos muy diferentes en esta ocasión, claro está—. Con mis propios prismáticos, unos bastante decentes que había conseguido cambiar por una colección de cómics antiguos, intenté enfocar la parte trasera del jardín de Bob, la zona que, según mis cálculos y los de Terry, podría coincidir con la dirección del pasadizo. No vi nada fuera de lo común: los rosales de Bob, cuidados con esmero; la caseta de las abejas, con su tranquilo zumbido ; el césped bien cortado. Pero la distancia era considerable, los árboles del jardín de Bob ofrecían una densa cobertura y los ángulos desde mi ventana eran limitados. Era como buscar una aguja en un pajar, y ni siquiera estaba seguro de cómo era la aguja.

La idea de sonsacar información a mi abuelo Ronald sobre historias antiguas del pueblo, sobre la "reconstrucción" o cualquier leyenda olvidada, cruzó mi mente. Él, con su aire de haberlo visto todo y su apenas disimulado desprecio por la "modernidad" del pueblo reconstruido, podría saber algo, alguna pieza que encajara en el rompecabezas. Pero recordé su tristeza de la otra noche, la "desgracia" inconfesable que lo embargaba, la fotografía oculta bajo la almohada. No me sentía capaz de presionarlo, no todavía. Su dolor era un territorio sagrado que no me atrevía a profanar con mis urgencias.

La noche comenzaba a caer, tiñendo el cielo de tonos violáceos y anaranjados, y con ella, la sensación de vigilancia se intensificaba, como si la oscuridad diera alas a los observadores. Desde mi ventana, cada movimiento en la calle, cada luz que se encendía o apagaba en las casas vecinas, parecía parte de un código secreto que no lograba descifrar. ¿Estaba la figura de anoche ahí fuera, en algún rincón oscuro, observando de nuevo, esperando? Un escalofrío recorrió mi espalda a pesar del calor residual del día.

Estaba a punto de cerrar las cortinas, de rendirme a la tensión y al cansancio, cuando oí unos golpes suaves pero insistentes en la puerta principal de mi casa. No era el toque apresurado de mi madre, ni el distraído de mi padre. Era un ritmo inusual, casi furtivo. Melvin solía entrar por la puerta trasera o directamente a su cuarto si llegaba tarde, evitando cualquier interacción innecesaria. Mi abuelo rara vez bajaba a estas horas, prefería la compañía de sus westerns o el silencio de su habitación.

Un escalofrío diferente, esta vez de pura anticipación nerviosa, me recorrió la espalda. Bajé las escaleras con la mayor cautela posible, cada escalón crujiendo bajo mis pies como una advertencia. Intenté atisbar por el rabillo del ojo a través del cristal esmerilado de la puerta, ese que distorsionaba las formas convirtiéndolas en siluetas fantasmales. La figura que se adivinaba era la de Bob.

Abrí la puerta. Bob estaba allí, de pie en el umbral, con una expresión que nunca le había visto. Había una mezcla de miedo, sí, un miedo profundo que le oscurecía los ojos, pero también una extraña resolución, una gravedad que lo hacía parecer mayor, como si hubiera envejecido varios años en las últimas veinticuatro horas. En sus manos sostenía un tubo de cartón, de los que se

usan para guardar planos, y lo aferraba con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. —Kurt — dijo, su voz apenas un susurro ronco, casi inaudible—. Tenemos que hablar. He encontrado algo. Algo... algo sobre el sótano. Sobre mi padre. Algo que lo cambia todo.

Me aparté para dejarlo pasar, mi mente ya anticipando, con una mezcla de terror y excitación, que la noche, lejos de traer respuestas o un respiro, solo iba a profundizar el laberinto, arrastrándonos hacia su centro oscuro. Bob entró, y mientras cerraba la puerta detrás de él, sentí, con una certeza helada que se instaló en mis huesos, que los engranajes del misterio de nuestro pueblo acababan de dar otra vuelta crucial, un nuevo chirrido metálico que resonaba en el silencio, arrastrándonos aún más hacia su desconocido y quizás peligroso mecanismo. Lo que sea que Bob hubiera descubierto en esos planos , sabía que cambiaría nuestra percepción de todo, de su casa, de su padre, quizás incluso del pueblo entero. La conversación con Terry había sido solo el preludio. Ahora, con Bob aquí, con ese tubo de cartón en sus manos como si fuera una reliquia o una bomba, la investigación entraba en una nueva fase, una en la que los secretos familiares y la historia oculta del pueblo parecían estar convergiendo de una forma alarmante, como dos ríos subterráneos a punto de encontrarse.